

José María Parreño

JOSÉ MARÍA PARREÑO (Madrid, 1958). Trabaja como subdirector del Museo de Arte Contemporáneo Esteban Vicente, en Segovia. Escribe sobre arte en publicaciones especializadas y realiza comisariados de exposiciones. Ha publicado, entre otros libros, *Libro de las Sombras* (Premio Leonor, 1985), *Fe de Erratas. Poesía 1980-1990* (Puerta del Mar, Málaga, 1990) y los textos narrativos *Las Guerras Civiles* (Anaya / Mario Muchnik, 1995) Premio Torrente Ballester de Narrativa y *Viajes de un antipático* (Árdora, Madrid, 2000). En unos meses se publicará *Llanto bailable* (Editorial La Poesía señor Hidalgo)

Fragmento

(.../...)

vi los continentes heridos
de llagas pestilentes o ciudades
temblar
como flancos de un animal enfermo,
bajo el cielo rajado por las radiaciones.

Vi los días más sanos de un millón de seres
cosechados como granos de mies,

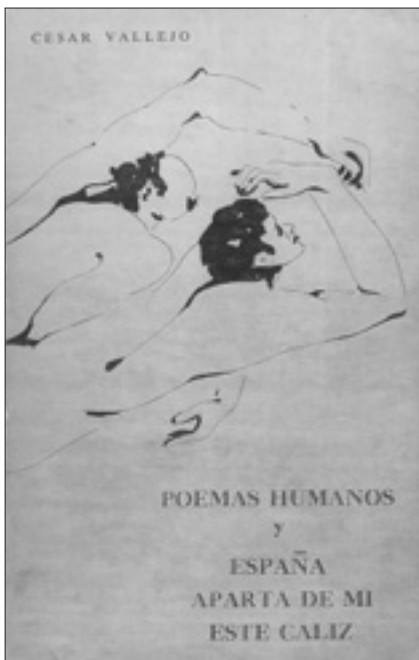
y en el suelo
las generaciones de los pobres
pudriéndose
para servir de abono.

En las ciudades de los hombres negros,
blancos, rojos y amarillos
y en sus edificios principales
esto es lo que vi:

a los que venden la felicidad en barritas brillantes,
la esperanza en cajas de cables,
la seguridad en papeles doblados.

Y al entrar en sus moradas vi:
a uno que vende entradas a la puerta de su adulterio
y cuenta los billetes.
A otro que vende entradas a la puerta de su agonía
y cuenta los billetes.
A una que describe su sexo empapado
sus piernas infinitas
por teléfono,
mientras prepara la cena a su bebé
y a su marido,
que cuenta los billetes.
Y vi que los años de todos ellos
estaban numerados en un libro
y repartidos a las corporaciones.

Vi que los gobiernos regalaban víveres infectados
y vendían la vacuna.
Vi que desollaban los sueños del adolescente
para decorar un anuncio.
Vi que la peste cotizaba en bolsa,
que el hambre era un valor más seguro que el oro.



Y vi, también,
al que canta dentro de una celda,
a la novia de aquel de la cara abrasada,
al que cuida a una loca,
al que miente
para librar a otro del castigo.

Todos enseguida noticia,
luego póster,
ópera,
nada.

El nombre del héroe
es una marca de comestibles,
el nombre de la mártir
una marca de ropa deportiva.

Todo lo que fue dios
es ahora mueble, cosa.

Todo lo que fue mundo, vida,
es una página
peluda de notas.

Han convertido la utopía en logotipo,
la masacre en película
subvencionada por los masacradores.

Vi a los hombres uncidos a la prisa.
Vi estrangular al espacio
con un nudo corredizo
de autopistas.

Vi que no existía *aquello*, porque era todo idéntico,
ni *allí*, porque todo era
el mismo sitio,
ni *todo*
porque siempre
era menos que alguno de sus algos.

(.../...)

(Inédito)

Si no fuera porque necesito desesperadamente de lectores que convaliden –o no lo que ahora estoy escribiendo, habría declinado cortésmente la invitación a participar en este número de *Zurgai* dedicado a la Poesía de la Conciencia. Por varias razones. Una, porque descreo del etiquetado artístico: es como trazar una raya en el agua: no hay compartimentos estancos y toda clasificación omite importantes matices y contaminaciones –los que constituyen la singularidad de cada obra-. Dos, y más importante: en este caso la etiqueta me parece muy poco afortunada: creo que su origen está en las guerras por cuotas de poder (?) más que en un análisis serio de las obras- ¿es poesía de la mala conciencia o de la buena? ¿no se puede tener conciencia si escribes poesía de la experiencia?- Tres: en mi caso, a lo largo del tiempo, los críticos han adscrito mi poesía a tendencias diversas y opuestas, de modo que al final no sé qué soy, ni si soy. Una pena, porque lo que resulta rentable es ser algo: poeta de la conciencia, de la experiencia, del silencio, neofigurativo o postmoderno.

Una cosa tengo clara, dicha brevemente: el poema sabe más que el poeta, y en ese desfase de conocimiento se halla, precisamente, lo que hemos dado en llamar poesía. Ese desfase, cuya aparición no hace más que propiciar el poeta, conforma un espacio oblicuo a la deliberación y la conciencia –siento decirlo-. Es, ciertamente, oscuridad, pero en ella se puede recortar o que resultaría invisible en la luz. La poesía, pues, “sucede” en el poema, nada tiene que ver con los propósitos o la ideología. En línea con todo lo dicho anteriormente, el poeta que creo que mejor encarna mis preferencias es el viejo Vallejo.